

¿BETIO? ¿DÓNDE ESTÁ? ¿QUÉ SUCEDIÓ ALLÍ?

Manuel LUACES SANJUÁN



(RR)

Preámbulo



UANDO se aborda el tema de las operaciones anfibas, indefectiblemente nos retrotraemos a la campaña del Pacífico en la Segunda Guerra Mundial con dos referencias antonomásticas: la conquista de la isla de Guadalcanal y la de Iwo Jima, aquella como pionera y punto de inflexión en la estrategia de los Estados Unidos en el Pacífico, y esta última como la culminación del acoso al Japón al conquistar y ocupar su primer territorio metropolitano. Cierto que la literatura y el cine han hecho de ellas hitos paradigmáticos, otorgándole a Guadalcanal el título de «la sangrienta», aunque no fue la única que por méritos propios mereció este triste calificativo: Tarawa, Tinian, Saipán, Guam, Iwo Jima, Okinawa, además de otras mucho menos sonadas, lo fueron igualmente. No obstante, también es cierto que en ninguna de ellas la lucha fue tan larga ni su resultado estuvo tanto tiempo indeciso como en Guadalcanal.

La campaña aliada de reconquista y expulsión de los japoneses de los territorios ocupados en la cuenca del Pacífico duró desde el mes de agosto de 1942 —inicio de la conquista de Guadalcanal— hasta mayo de 1945 —reconquista y expulsión de los japoneses de las Filipinas—, en una lucha en la que las fuerzas enfrentadas estuvieron sometidas a un constante esfuerzo y desgaste, con enormes pérdidas por ambas partes. Después aún vendría la conquista y ocupación de Iwo Jima y Okinawa en territorio metropolitano japonés, en los meses de abril y junio siguientes, que dejaban expedito el asalto final.

El objeto declarado de estas líneas es hacer llegar al lector una reseña de la operación anfibia GALVANIC —un tanto desconocida para el común—, que tuvo por objeto, en noviembre de 1943, la reconquista de Betio, una pequeña isla del atolón de Tarawa perteneciente al archipiélago de las Gilbert, en la Micronesia, uno más de los muchos que se hallan dispersos en el océano Pacífico Central. Su conquista, considerada en su momento de gran importancia estratégica, se prolongó por tres días de duros y cruentos combates a un coste de bajas difícil de asumir. La cuenta de resultados hizo recapacitar al Mando de las Fuerzas de los Estados Unidos en el Pacífico sobre el qué, el cómo y el dónde afrontar las futuras operaciones, teniendo en cuenta que el camino hacia el Japón habría de pasar, necesariamente, por una sucesión de reconquistas y ocupación de territorios insulares mediante operaciones anfibias dentro del marco de las operaciones navales.

Antecedentes

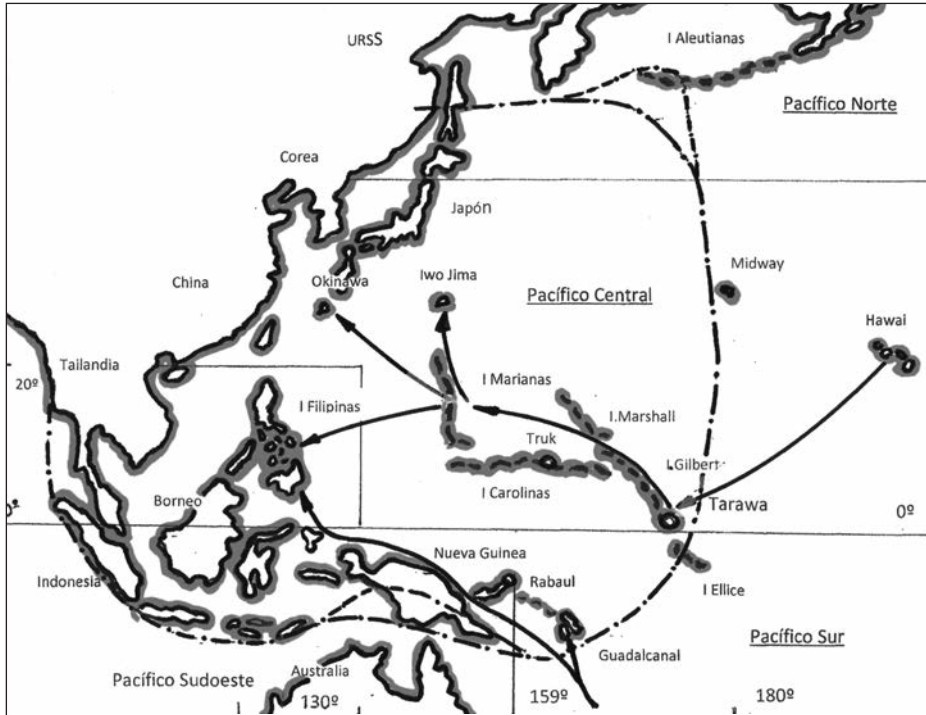
El objeto de la estrategia expansionista del Japón, iniciada con la invasión de Manchuria en 1931, era imponer su hegemonía en el Extremo Oriente apoderándose de las fuentes de materias primas de las que carecía, a la par que creaba un perímetro defensivo escalonado en profundidad para asegurar estas nuevas adquisiciones territoriales.

El golpe preventivo japonés en Pearl Harbor, en diciembre de 1941, había logrado poner fuera de combate a gran parte de la Flota de los Estados Unidos en el Pacífico, lo que les preservaría de toda amenaza en este flanco en su movimiento de expansión hacia el este y el sur. En los seis meses siguientes, los japoneses ya habían conseguido casi todos sus objetivos. Mientras su flota permanecía relativamente intacta, la estadounidense, la británica y la holandesa en el Lejano Oriente habían sido destruidas. También la Real Armada australiana había sido rechazada y bloqueada en sus bases.

La expansión territorial y el establecimiento de su perímetro defensivo se habían conseguido con cierta facilidad, explicable por su concienzuda preparación del plan y el adiestramiento de las fuerzas, así como por una adecuada combinación de factores geográficos al disponer previamente de bases avanzadas estratégicamente situadas en todas y cada una de las direcciones elegidas para atacar.

La situación estratégica en el océano Pacífico

A finales del año 1941 el perímetro defensivo japonés en el Pacífico describía un amplio arco de unas 10.000 millas centrado en el Japón, que se extendía, por el norte, desde las islas Kuriles hasta las Aleutianas. Desde ahí,



Teatro de Operaciones del Pacífico. Perímetro defensivo japonés. Ejes de progresión.

cubriendo su flancos este y sureste por las islas Gilbert hasta las Salomón. Por el sur, corría a lo largo de la isla de Nueva Guinea y la Melanesia hasta cerrar en Birmania, ya en el continente asiático. Por el oeste se apoyaba en los territorios continentales ocupados de Birmania, China, Corea y Manchuria, mientras que su flanco noroeste lo tenía asegurado por su pacto de no agresión suscrito con la vecina Unión Soviética. En cuanto al frente marítimo del Pacífico, su esquema estaba basado en la ocupación en fuerza de las islas relevantes de esta parte del anillo, apoyadas desde fuertes bases avanzadas: la de Truk, en el atolón de las Carolinas, cubría su sector este; la de Rabaul, en la isla de Nueva Bretaña en el archipiélago de las Bismarck, alcanzaba sus sectores sureste y sur; la de Okinawa, en el archipiélago de Ryukyu, y la de Formosa, su sector sudoeste. La zona norte estaba apoyada desde bases metropolitanas.

Cada conquista fácil siempre anima a otras y, aprovechando que por el momento el enemigo estaba noqueado —aunque ya había pasado la hora de las sorpresas—, el Cuartel General Imperial vio la posibilidad de ampliar y asegurar este perímetro defensivo mediante nuevos avances: poniendo ahora

su ambición en las Aleutianas hacia el norte; en la de Midway, en el archipiélago hawaiano, hacia el este, y hacia el sur, en la isla de Guadalcanal, en las Salomón, así como la ocupación de Port Moresby para neutralizar Nueva Guinea. Y, ya metidos en faena, ¿por qué no otro bocado más allá?: ocupar también las islas Ellice, que cierran por el sureste la Micronesia; Nueva Caledonia, en las Nuevas Hébridas; Samoa y el archipiélago de las Fidji, todo ello con el objeto de neutralizar Alaska y Pearl Harbor y cortar definitivamente por el sureste las rutas marítimas entre los Estados Unidos y Australia.

Pero una cosa eran las intenciones y otra la realidad; la batalla del mar del Coral en mayo de 1942 y la de Midway en el mes de junio siguiente frustraron estos intentos de expansión hacia el sur y el este, respectivamente; y cuando las fuerzas americanas iniciaron la reconquista de las islas de Kiska y Attu, en las Aleutianas, también en este mismo mes de junio, vieron cómo se desmoronaba la pretendida neutralización de Alaska en el norte y el corte definitivo de las rutas marítimas entre Estados Unidos y Australia.

La debilidad en que habían quedado las Fuerzas Navales norteamericanas en el Pacífico después del ataque preventivo a Pearl Harbor, así como su reciente implicación en la guerra en el teatro europeo, habrían de condicionar seriamente su respuesta estratégica en este escenario, por lo que, previsiblemente, no les iba a ser posible recuperar la iniciativa ni empeñarse en acciones en fuerza durante este año de 1942, ni aun en parte de 1943. Mientras tanto, y hasta que no restableciese su dañado poder naval, tan solo podrían llevar a cabo acciones limitadas en el espacio y en el tiempo —incursiones— sobre las islas ocupadas mediante fuerzas sutiles de su Armada —destructores y submarinos— y de su Infantería de Marina. Su objetivo sería ir tanteando el perímetro defensivo japonés para adquirir información y golpearle allí donde se presentase más débil para conseguir un efecto moralizador en sus propias filas y el contrario en las del enemigo.

Dos eran los ejes de progresión, convergentes, que habían diseñado y acordado las fuerzas aliadas hacia Japón. El uno, liderado por el US Army —general MacArthur—, discurriría a través del Pacífico Sur y Sudoeste por las islas Salomón, Nueva Guinea, las Bismarck y la Melanesia, con el objetivo intermedio de las Filipinas. El otro, liderado por la US Navy —almirante Nimitz—, lo haría a través del Pacífico Central, progresando sobre los archipiélagos de la Micronesia: islas Ellice, Gilbert, Marshall, Carolinas y Marianas, con la vista puesta en el asalto final a Japón, mientras se trataba de soslayar y mantener neutralizadas las bases avanzadas y demás puntos fuertes del despliegue japonés, a la par que desde este eje se flanquearía la progresión por el sudoeste y convergería con ella para apoyar la reconquista de las Filipinas.

Animados por las perspectivas que se abrían tras los reveses japoneses habidos en las batallas del mar del Coral y Midway, el 7 de agosto de 1942 se acometió la reconquista por los aliados de la isla de Guadalcanal, la más al sur del archipiélago de las Salomón en el teatro del Pacífico Sur. El asalto anfibia

lo ejecutarían las 1.^a y 2.^a Divisiones de Infantería de Marina, y tendría, en principio, un objetivo de entidad limitada: apoderarse del campo de aviación que los japoneses estaban construyendo en su llanura costera nordeste, en las inmediaciones del cabo Lunga, para utilizarlo como base aérea desde la que apoyar la reconquista de este archipiélago —objetivo limitado, si se quiere, en una isla que mide unos 150 x 50 km, con una superficie de 5.300 km²—. El desembarco de la fuerza tuvo lugar sin oposición, pero lo peor vino después. Los esfuerzos de los japoneses para reforzarse —por vía marítima con el «expreso de Tokio»— y expulsar a las fuerzas atacantes para recuperar el aeródromo dieron lugar a un forcejeo terrestre y naval que duró seis meses, tan solo equiparable a los siete meses de la campaña de las Filipinas y a los nueve de la de las Aleutianas. La lucha incluyó varias batallas navales sonadas: Savo, cabo Esperanza, Guadalcanal y Tassafaronga, con victoria final de los aliados, aunque a costa de grandes pérdidas de personal, buques y aviones por ambas partes.

A finales del otoño de 1943, dieciocho meses después de que la expansión japonesa hubiese sufrido aquel brusco parón en la primavera del año anterior, su situación estratégica había cambiado notablemente: habían sido expulsados de las Aleutianas en el Pacífico Norte; su expulsión de las islas Salomón, en el Pacífico Sur, estaba a punto de concluir; y en el Pacífico Sudoeste, las Fuerzas del general MacArthur se preparaban para invadir el archipiélago de las Bismarck, una vez que hubieron asegurado la isla de Nueva Guinea.

Operaciones en el teatro del Pacífico Central. La importancia de las islas Gilbert

El archipiélago de las Gilbert —hoy parte de la República de Kiribati— está formado por un grupo de unos 15 atolones de formación volcánica-coralina que se extienden de sur a norte inmediatos a la línea ecuatorial y al meridiano 180°. Conjuntamente con los archipiélagos de las Ellice por el sur, las Marshall por el norte y las Carolinas y las Marianas por el oeste y noroeste, forman el conjunto insular de la Micronesia. Las Gilbert habían sido colonia británica hasta diciembre de 1941, fecha en que fueron ocupadas por los japoneses. Su localización les daba una gran importancia estratégica, ya que se encontraban sobre las rutas marítimas entre los Estados Unidos y Australia, además de constituir una avanzadilla de la base japonesa de Truk hacia el este y de las islas Marshall hacia el sur. Su captura se consideraba imprescindible para poder establecer en ellas bases desde las que apoyar el asalto al archipiélago de las Marshall, el siguiente paso en el eje de progresión a lo largo de la Micronesia.

Los japoneses en las islas Gilbert. El atolón de Tarawa

En septiembre de 1942 Japón había procedido a revalorizar preventivamente este archipiélago, en concreto su atolón de Tarawa, consciente de su valor estratégico y también alarmado por la incursión anfibia que fuerzas de los Estados Unidos habían llevado a cabo en el mes de agosto anterior contra el atolón de Makin —su inmediato por el norte—, que había tenido por objeto la destrucción de instalaciones y la adquisición de información de la zona, además de intentar distraer la atención de los japoneses mientras reforzaban sus fuerzas en Guadalcanal. La principal fuerza japonesa de defensa de este atolón se había concentrado en la isla de Betio para proteger su aeródromo.

La reconquista de las islas Gilbert: Operación GALVANIC

El Plan

De acuerdo con la directriz de la Junta de jefes de Estado Mayor, el Mando del Pacífico Central, el almirante Nimitz concretó los planes dirigidos a la ocupación del atolón de Tarawa y las islas próximas de Apamama y Nauru como objetivos principales en las Gilbert. Los informes de la inteligencia señalaron que Nauru, además de estar fuertemente defendida, no presentaba playas accesibles para un desembarco en fuerza, por lo que se substituyó esta opción por el atolón de Makin —también en las Gilbert— y por la isla Baker, así como los archipiélagos de Naomea y Funafuti en las Ellice, inmediatas a las Gilbert por el sur. Su objetivo era basar en ellas la aviación de la Infantería de Marina de apoyo. Como operaciones previas se ordenaron ataques contra Marcus, Tarawa, Apamama y la isla de Wake durante los meses de agosto a octubre para ir ablandando las defensas japonesas y mantenerlos en la incertidumbre de cuál de ellas iba a ser el próximo objetivo.

La Operación GALVANIC —la captura de las Gilbert— tomó cuerpo cuando el almirante Nimitz emitió su Plan de Operaciones 13/43 de fecha 5 de octubre, por el que asignaba al contralmirante Spruance, comandante de la Fuerza del Pacífico Central, la misión de conquistar, ocupar y defender los atolones de Tarawa, Makin y Apamama, neutralizar la base de Nauru y los aeródromos de las Marshall, así como proporcionar apoyo de fuego naval y aéreo a los asaltos anfibios.

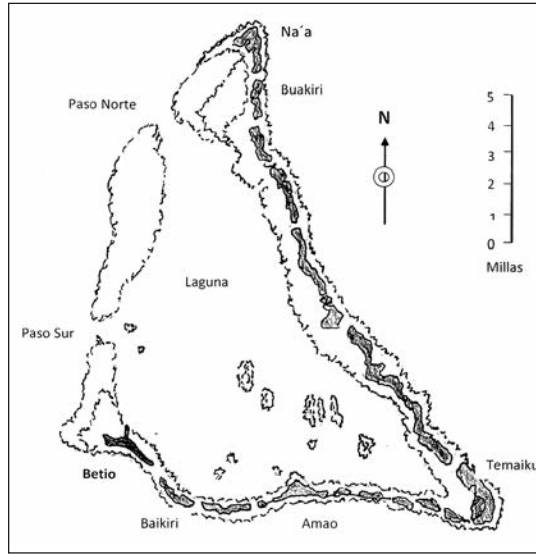
La decisión

Una vez tomada la decisión básica de conquistar las Gilbert, había llegado el momento de concretar el foco del esfuerzo de la operación. Este no parecía

presentar dudas: sería el atolón de Tarawa, el más meridional de las Gilbert; y en cuanto a su objetivo, la isla de Betio constituiría el principal de la Fuerza Anfibia Operativa. ¿Alguien antes había oído hablar alguna vez de este lugar?

El Objetivo. Tarawa-Betio

El atolón de Tarawa está formado por un cordón de unas 47 alargadas y estrechas islas muy próximas entre sí, distribuidas y alineadas a lo largo de los dos lados de un ángulo agudo abierto hacia el oeste. Su lado norte se extiende a lo largo de 18 millas, 12 el del sur y otras 12 presenta su lado abierto por el oeste, hacia el océano, estando todas y cada una de ellas circundadas de arrecifes. Su laguna interior, salpicada de afloramientos rocosos, está separada del mar abierto, por este flanco, por otro arrecife del que algunas de sus partes velan con la marea, lo que hace que el atolón presente desde el aire una figura triangular discontinua.



Islas Gilbert. Atolón de Tarawa. Isla de Betio.

A la laguna, que tiene una profundidad media de nueve a quince metros, solo se puede acceder con cierta seguridad por un estrecho paso practicable al sudoeste; existe otro, al noroeste, sucio y de poca sonda. Estos obstáculos iban a dificultar sobremanera la ejecución del asalto anfibio.

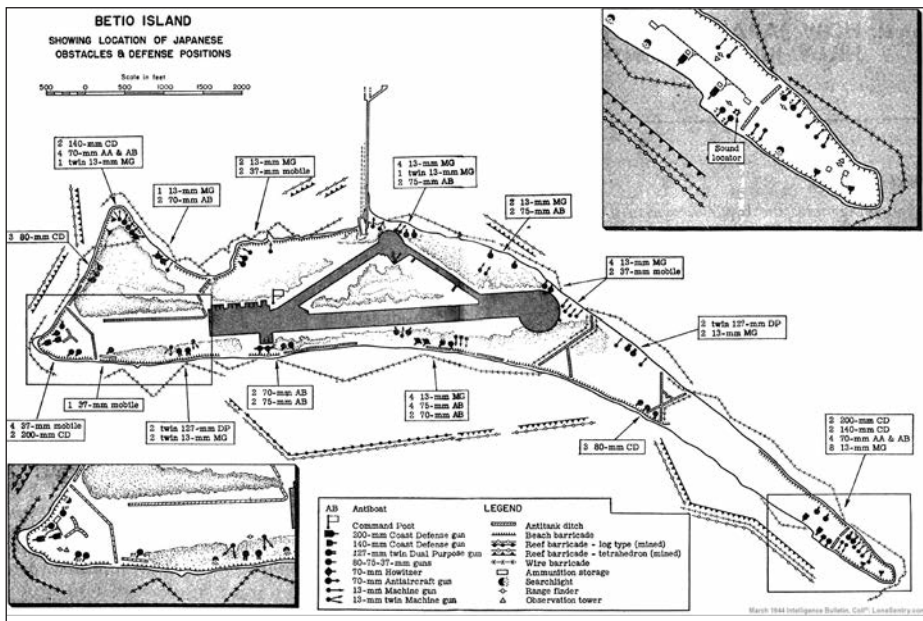
Betio, situada en el extremo sudoeste del atolón y a unos 7.000 m al sur del paso practicable, mide unos 4,5 km de largo por un poco más de 0,5 en su parte más ancha, con una superficie total de 1,7 km². Como las demás islas del atolón, es arenosa y llana, con afloramientos de roca coralina y una altitud máxima de tres metros. Su característico contorno siempre ha sugerido distintas imágenes, desde un caballito de mar a un pájaro posado, justificada esta por la presencia de un estrecho pantalán que se prolonga hacia el norte hasta el borde del arrecife que la circunda hasta una distancia de unos 500 metros. Su valor estratégico e interés militar radicaba en su situación geográfica y en el aeródromo que los japoneses habían construido allí.

El clima en el atolón, por su inmediatez al ecuador, es esencialmente tropical sin apenas cambios estacionales. Lluve comparativamente poco, alrededor de 100 mm anuales, sin que existiesen entonces otras fuentes de agua que las de sus salobres pozos. Su vegetación se componía exclusivamente de cocoteros y ralo sotobosque.

Para orientar al curioso lector sobre sus dimensiones comparadas, cabe apuntar que la conocida isla de Ons, la que cierra por el oeste la ría de Pontevedra, mide seis kilómetros de largo por 1,5 en su parte más ancha y con una altitud de máxima de 128 m, con una superficie total de unos 4,4 km².

Las Fuerzas de la defensa

Las fuerzas japonesas en Betio estaban encabezadas por dos unidades de élite consideradas de gran valía, espíritu combativo y con buen entrenamiento y veteranía en combate: la 6.^a y la 7.^a Fuerza Naval Especial de Desembarco de la Infantería de Marina Imperial, reforzadas con otras unidades del mismo porte. Contaban con unos efectivos totales de 4.836 hombres, incluidos 2.000 civiles militarizados, japoneses y coreanos, de una Unidad de Construcción para preparar las defensas de la isla y perfeccionar su aeródromo



Isla de Betio. Despliegue defensivo. (Foto: www.lonesentry.com).

mo —efectivos estos comprobados por la documentación recogida después de la batalla—.

El esquema táctico de la defensa se apoyaba en una red de puntos fuertes distribuidos por toda la isla y orientados hacia el mar, todos ellos protegidos y artillados y entreverados con asentamientos de armas colectivas e individuales que entrecruzaban sus fuegos en apoyo mutuo.

El armamento pesado en la isla se estimaba en unos diez cañones de artillería de costa de 203 mm —al parecer, procedentes de la conquista de Singapur—, una docena de piezas antiaéreas de grueso calibre y otras tantas de tipo medio, además de unos ochenta emplazamientos de cañones antilancha y unos cincuenta de ligeros y/o ametralladoras pesadas, amén de las armas propias de las unidades de Infantería. La isla no contaba con buques ni aviación propia por haber sido replegados a la base de Truk para preservarlos de una más que previsible destrucción en caso de ser atacados.

Este esquema defensivo estaba complementado con todo tipo de obstáculos artificiales, tales como barricadas de troncos de palmera en la misma línea de marea y doble alambrada circundando la isla, además de campos de minas antipersonas y antivehículos. Cabe señalar que la mayor parte de las obras defensivas eran semienterradas, protegidas por hormigón y placas metálicas, careciendo de obras subterráneas propiamente dichas por la escasa elevación de la isla que, con sus escasos tres metros de cota, no las permitía, so pena de anegarse. Sobre el arrecife circundante se habían instalado también alambradas, obstáculos y minas antiembarcaciones para impedir o, cuando menos, retardar y canalizar su movimiento hacia zonas preestablecidas, donde se habían previsto concentraciones de fuego de todo tipo de armas.

El plan de fuegos de la defensa se basaba en su aplicación escalonada en profundidad. Tenía como prioridad la destrucción de las fuerzas asaltantes cuando todavía estuviesen en el agua, por lo que deberían iniciarse en el momento en que entrasen dentro de la distancia de tiro eficaz de la artillería de grueso calibre para batir, preferentemente, los buques de transporte de tropas y los medios de desembarco. Después pasarían a concentrar los fuegos de todas las armas sobre los arrecifes y las playas de desembarco; se trataba de impedir, por todos los medios, que las tropas alcanzasen la costa y, en su caso, proceder a su expulsión mediante contraataques sobre las cabezas de playa que hubieran podido establecerse. El Mando de la guarnición, contralmirante Shibazaki, consideraba a esta isla la mejor defendida del Pacífico por su organización defensiva y que, en sus palabras, «haría falta un millón de soldados atacando durante cien años para conquistarla», aunque también intuía que al constituir la parte más alejada del anillo de defensa tan solo podría confiar en sus propias fuerzas y medios, sin esperanza de recibir refuerzos o acciones auxiliadoras en el caso de que los asaltantes llegasen a poner el pie en tierra, como así sucedió; de ahí que hubiese cifrado que su única oportunidad estaría en impedir a toda costa su desembarco.

La Fuerza atacante

La calidad de las fuerzas y medios implicados en la defensa de la isla, su concentración en tan poco espacio y la fortaleza de sus posiciones defensivas hacían presagiar que la lucha iba a ser muy dura, pero, aun aceptándolo, el problema inmediato para la Fuerza de Desembarco (FD) era cómo llegar a trabar combate directo con ellas, habida cuenta del obstáculo que representaban las barreras de arrecifes y las artificiales que se les interponían.

A sabiendas de esta fuerte estructura defensiva, se organizó una fuerza de asalto impresionante, la mayor jamás reunida hasta entonces para una sola operación anfibia: la V Fuerza Anfibia (V Phib). Constituida con elementos de la 5.^a Flota de los Estados Unidos, organizados en tres Task Force, las 50, 52, y 53, comprendía la casi totalidad de los medios navales del teatro del Pacífico Central. Reunía un total de 11 portaaviones, 13 acorazados, 15 cruceros, 42 destructores y 24 transportes de tropas que embarcaban una FD constituida por el 5.^o Cuerpo Anfibio, nucleado por la 2.^a División de Infantería de Marina (IM) y reforzada con el 165.^o Regimiento Reforzado del Ejército de Tierra. Al mando del general de división de IM, Holland M. Smith, totalizaba unos 25.000 hombres, cifra que multiplicaba por cinco las fuerzas japonesas que defendían Tarawa y Makin. Este número, que pudiera parecer desorbitado para una isla de las dimensiones de Betio que apenas tenía unos cientos de metros de ancho en algunas partes, estaba objetivamente dimensionada para intentar conquistar la isla en el menor tiempo posible en previsión de cualquier reacción japonesa, como la de Guadalcanal.

La 2.^a División de IM —veterana y fogueada junto con la 1.^a en la conquista de Guadalcanal— se componía de tres regimientos de Infantería, los 2.^o, 6.^o y 8.^o, con unos 3.500 hombres cada uno; un regimiento de artillería de campaña y otro de ingenieros; un batallón del Cuartel General y otro de tractores anfibios (LVT), con unos efectivos totales de unos 20.000 hombres.

La misión de esta división era conquistar y ocupar la isla Betio y, complementariamente, alistarse para llevar a cabo otras operaciones sobre las restantes islas —Operación LONGSUIT— y conquistar el atolón de Apama —Operación BOXCLOTH—.

El esfuerzo del Servicio de Inteligencia

El éxito del desembarco iba a depender, en gran medida, de la exacta información sobre el estado de las playas, mareas y sondas de los canales navegables entre los arrecifes que rodeaban los atolones e islas.

A pesar de que las Gilbert habían sido colonia británica hasta su ocupación por los japoneses, había muy poca información disponible acerca de sus peculiaridades. Las cartas de navegación y tablas de mareas en poder del Servicio

Hidrográfico de la Armada también eran poco fiables, por lo que las principales fuentes de información habrían de ser las fotografías aéreas, las tomadas desde submarinos y las entrevistas con antiguos residentes en las islas.

El Servicio de Inteligencia de la Fuerza Anfibia había estimado los efectivos japoneses en la isla de Betio en una horquilla de entre 4.500 y 5.000 personas, basándose en el número de letrinas que se apreciaban en las fotografías aéreas —en el borde del agua—, cantidad supuestamente proporcional al del personal utilizador según los coeficientes que fijaban los manuales de castrametación japoneses. Por la documentación recogida después de la batalla se pudo constatar que los efectivos reales eran 4.836.

El plan para el desembarco

Elección de los sectores, zonas y playas de desembarco

La isla de Betio, por su forma y accesibilidad, presentaba tres potenciales sectores de desembarco que se correspondían con sus costas norte, sur y oeste. La este quedaba desechada a estos fines debido a su estrechez, al formar un ángulo agudo muy cerrado. Cada una de estas tres zonas reunía las condiciones necesarias para poder acoger playas de desembarco de nivel Agrupación Reforzada (ARD) (nivel regimental) en las que establecer las cabezas de playa correspondientes a sus batallones.

El asalto por su costa norte, desde la laguna interior, si bien contaba con la ventaja de que su costa presentaba un arco convexo que resguardaba en parte a los asaltantes de la concentración de los fuegos de flanqueo de la defensa, tenía por contra que el desembarco tendría que superar dos barreras de arrecifes: la exterior del atolón y la que bordeaba la isla

El asalto por su costa sur, con la ventaja de hacerse desde mar abierto, tenía, por el contrario, la desventaja de contar con importantes obstáculos artificiales antiembarcaciones y múltiples puntos fuertes artillados. Además, esta costa formaba un arco cóncavo que exponía a la fuerza asaltante a la concentración de los fuegos de flanqueo de la defensa.

El asalto desde el oeste, aunque también se hiciera desde mar abierto, estaba condicionado por la estrechez del sector de desembarco disponible —unos 600 metros—, además de contar con importantes concentraciones de obstáculos antilancha y elementos defensivos y, a corta distancia tierra adentro, presentaba un angostamiento del terreno que favorecía la defensa. Aún así, se determinó que quedase como alternativo —playa verde—.

A la vista de la situación se tomó la decisión previa de que el asalto principal habría de ser sobre su parte central, en los sectores de desembarco norte o sur, por sus dimensiones y por el espacio disponible al interior para

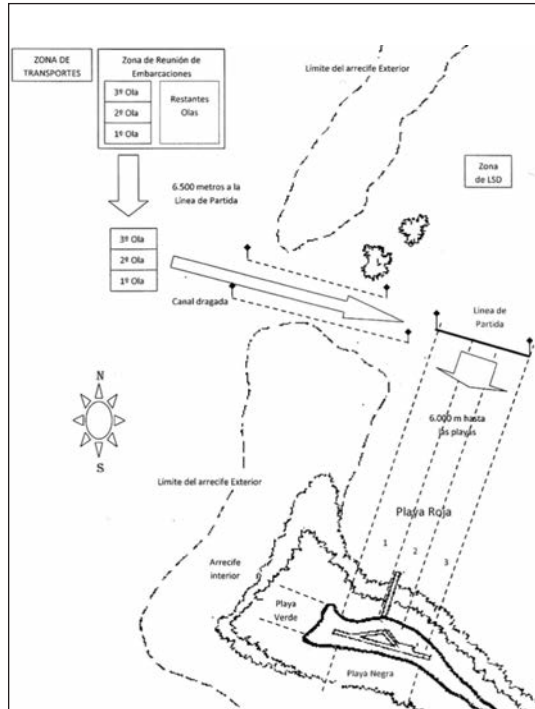
desplegar todo el potencial de la FD, de forma que le permitiese dividir en dos las fuerzas de la defensa con cierta seguridad y así poder maniobrar sobre dos ejes divergentes para batirlas en detalle. Por otra parte, también se había apreciado que la fortificación de su costa norte estaba aún inconclusa a la vista de que continuaban los trabajos en ella, lo que venía a descartar, a su vez, la presencia de minas activadas; mientras que, por el contrario, al no haber actividad en sus costas sur y oeste, hacía suponer que en estas las obras sí ya habían finalizado, y sus minas ya sí lo estarían. La hipótesis más probable era, quizás, que los defensores hubiesen dado prioridad a estos dos sectores al considerarlos como los más susceptibles de ser abordados. En consecuencia, se decidió que el asalto se haría por su costa norte: desde la laguna.

El escalón de asalto de la FD estaría formado por la 2.^a ARD de la División. Lo haría desde la laguna desembarcando sobre su costa norte, en la *playa roja*, a caballo del pantalán allí existente. Sus tres batallones (también reforzados —BRD—, con unos efectivos de unos 1.500 hombres cada uno) desembarcarían en las playas denominadas Roja 1, Roja 2 y Roja 3. Su 6.^a ARD —también de IM— se constituiría en reserva del 5.^o Cuerpo Anfibio, por lo que, por el momento, no estaría bajo el control de la División; su entrada en combate sería «a la orden» para cubrir posibles contingencias de la operación y, en su caso, reforzar a la 2.^a ARD para mantener su capacidad operativa, como así fue necesario hacer en la misma tarde del día D, habida cuenta de las bajas que esta había sufrido.

Se había decidido que el desembarco de los escalones de asalto de sus tres BRD sería simultáneo mediante tres olas de LVT —unos 105 vehículos anfibios de desembarco con tracción por cadenas capacitados para desplazarse tanto por el agua como sobre los arrecifes y en tierra—, mientras que los sucesivos escalones lo harían mediante embarcaciones de desembarco —LCVP y LCM—, formando un total de otras dieciocho olas. El día D y la hora H del asalto quedó fijado para el día 20 de noviembre de 1943 a las 08:30 horas, día y hora locales de Tarawa, momento en que se esperaba que la altura de la marea, en fase creciente, estuviese cercana a su repunte alto para así asegurar el tránsito de las embarcaciones sobre el arrecife. Previendo las posibles dificultades que pudiesen tener las embarcaciones para superarlo en el caso de no alcanzarse la sonda mínima necesaria de 1,5 m, se dispuso que, alternativamente y en caso necesario, las tropas transportadas en las embarcaciones transbordasen en el borde exterior del arrecife a los LVT que regresasen de vacío de las playas. Pero ese día y el siguiente, en palabras de uno de los miembros del Servicio Hidrográfico de la Flota, «el océano se sentó allí», dando lugar a una marea muerta que no superó los 0,9 metros.

Movimiento buque-costa

Transportar las tropas a las playas de desembarco en estas condiciones iba a suponer una tarea harto compleja. Los buques de transporte no podían entrar en la laguna so pena de ser batidos por la artillería de la isla en su desfile por el canal practicable. Esto obligaba a situar la zona de transportes en mar abierto y lo más lejos posible del alcance eficaz de la artillería de la isla, lo que suponía, a su vez, que los medios de desembarco tuviesen que recorrer un largo y zigzagueante canal de aproximación desde la zona de reunión de embarcaciones hasta la línea de partida —distante unos 6.500 m— para, desde allí, siguiendo los canales de acceso balizados, abordar las playas de desembarco —distantes otros 6.000 m—. Por delante, y antes de abordarlas, tendrían todavía



Atolón de Tarawa. Isla de Betio. Movimiento buque-costa (no está a escala).

que superar el arrecife, los obstáculos artificiales y el fuego antilancha y el de las armas ligeras. Bajo estos condicionantes se había dispuesto que las tres olas del escalón de asalto —LVT—, desplegasen en orden de asalto en la zona de reunión de embarcaciones, próxima a la de transportes, formando líneas de frente sucesivas orientadas al sur. A la orden y bajo la dirección de los jefes y guías de ola avanzarían en esta formación y rumbo hasta encontrarse al través del canal de acceso a la laguna, en cuyo momento, y mediante un giro simultáneo a babor, lo enfilarían en su demanda, navegando ahora con la formación de flanco en líneas de fila paralelas hasta alcanzar la línea de partida balizada y enfrentada a la playa de desembarco —unos 40 minutos en total—, regulando su velocidad para encontrarse sobre esta línea a las H-25, en cuyo momento, y mediante otro nuevo giro simultáneo, esta vez a estribor, recuperar la formación de asalto inicial y, sin solución de continuidad, cruzarla avanzando a la máxima velocidad, para alcanzar la *playa roja* a la hora H.

Estas mismas formaciones y derrotas eran las que habrían de adoptar y seguir las siguientes dieciocho olas de embarcaciones que transportarían los restantes escalones de la FD.

El plan de apoyo de fuego al desembarco

Con anterioridad al día D, una Fuerza Avanzada de la Fuerza Anfibia había llevado a cabo bombardeos aeronavales intermitentes sobre Betio y otras islas del atolón con la misión de ir ablandando las defensas, pero sin significar en demasía el objetivo elegido. Vistos desde la distancia, los efectos observados hicieron creer, falsamente, que ningún defensor en Betio habría podido sobrevivir al castigo. La cruda realidad se puso de manifiesto ya en la misma madrugada del día D.

El apoyo de fuego aeronaval al desembarco en el día D se programó de forma que hubiese continuidad de cobertura a la FD en su asalto. Desde las H-90 hasta las H-15 se batiría con fuego de zona toda la isla con la finalidad de destruir los asentamientos de armas, los puestos de mando y las líneas de comunicaciones. Desde las H-15 hasta las H-5 el fuego de barrera se concentraría sobre las playas de desembarco en apoyo inmediato a las tropas para luego ir trasladándolo escalonadamente hacia el interior. A partir de la hora H la aplicación de los fuegos se haría a petición de las fuerzas desembarcadas.

El comienzo de la batalla. El asalto a Betio

Antes de continuar, se ha de advertir al curioso lector que en el relato de los hechos que siguen se ha llevado una línea de generalidad sin entrar demasiado en detalles, que sí los hubo, tantos como para llenar más y más páginas de vibrantes relatos por cualesquiera de las dos partes en liza, ya que por las características del combate, la dirección y el peso de las acciones recayó principalmente en las unidades tipo compañía e inferiores. Pretender recoger toda su prolijidad en una exposición limitada como la presente sería tarea poco menos que imposible, además de quedar fuera de la intención declarada de estas líneas.

Día D: 20 de noviembre

En la oscuridad de la madrugada del día 20 de noviembre de 1943 los buques de la Task Force 53 despliegan en las zonas asignadas próximas al atolón sin haber llamado la atención de los defensores.

Sobre las 03:30 las tropas comienzan a transbordar a los LVT y a las embarcaciones de desembarco en condiciones de oscuridad total para conseguir la sorpresa; pero sobre las 05:00, y al parecer a causa del resplandor del fogonazo originado por el impulsor de la catapulta de un hidroavión de reconocimiento a bordo del crucero USS *Maryland*, los defensores de Betio se alertan y enfocan hacia allí sus reflectores para investigar su origen y causa y, al averiguarlo, abren fuego sobre la flota con su artillería pesada, que es respondido por los buques en un duelo artillero de contrabatería que logra desmontar algunas de las piezas y minorar el ataque japonés, no antes de que el acorazado USS *Mississippi* hubiese recibido un impacto directo que mata a 44 de sus tripulantes. Los buques de transporte, al verse ahorquillados por las salvas niponas, dejan sus puestos en la zona asignada para alejarse, seguidos por un enjambre de LVT y embarcaciones, unos ya cargados y otros aún vacíos. A la vista de esta concentración, el Mando japonés concluye que el desembarco se producirá sobre la costa norte de la isla, desde la laguna, por lo que desplaza allí a las tropas desplegadas en la costa sur.

Se espera que el fuego de apoyo —de dos horas de duración, por haberse retrasado la hora H— haya destruido las defensas y a los defensores en Betio y que las tropas puedan desembarcar sin apenas oposición. Aparentemente, los resultados se presumen excelentes; sin embargo la realidad es que el fuego ha causado pocos daños en las defensas y pocas bajas en los defensores protegidos en sus refugios. El bombardeo aéreo ha sido poco preciso, fruto de la inexperiencia de los pilotos navales en misiones de ataque a tierra al tener que



Betio. Costa norte. Obstáculos en primera línea de playa.

volar entre el humo y la polvareda levantada por las explosiones. Tampoco han sido más eficaces las andanadas de la artillería de los buques por lo raso de sus trayectorias, poco adecuadas para batir las defensas semienterradas en una isla arenosa que apenas sobresale tres metros sobre el agua —finalizada la batalla, y a la vista de los efectos que se habían alcanzado con las casi 3.000 t de proyectiles de todo tipo empleados en los fuegos de preparación al desembarco, se estimó que se habrían necesitado, al menos, tres veces más para que se hubiesen alcanzado los efectos deseados—.

Dos dragaminas entran en la laguna por delante de los dos destructores de Apoyo Directo de Fuego (DD) y de los dos buques de desembarco (LST) que transportan tanques y los LVT de reserva.

El retraso en la organización de las olas y los problemas habidos en su larga navegación por el estado de la mar hacen necesario retrasar la hora H en 15 minutos, aumentados luego en otros 15 más, por lo que la nueva hora H queda fijada en las 09:00 horas.

Sin embargo, a las 08:55, cinco minutos antes de la hora H, cuando los fuegos de barrera dejan de batir las playas para ir trasladándolos hacia el interior, son los LVT —cuando están aún a 500 m de la orilla y luchando por superar la trampa del arrecife— los que pasan a recibir sobre sí el fuego de los defensores que, saliendo de sus refugios, ocupan las posiciones y puestos de tiro. Su fuego destruye o incendia a muchos de ellos —motores de gasolina— y lo mismo sucede con un gran número de las embarcaciones del segundo escalón; es entonces, antes de pisar tierra, cuando comienza la verdadera batalla.

Muchos son los combatientes que han de abandonar sus inmovilizados vehículos y «desembarcar» sobre el arrecife para recorrer, con el agua hasta el pecho, un larguísimo trayecto al descubierto hasta las playas distantes aún medio kilómetro, y bajo un intenso fuego de fusilería sin poder hacer un contrafuego eficaz. También son muchos los que con el peso del equipo acaban ahogándose, mientras el mar, cubierto de cadáveres y heridos, se va tiñendo de rojo.

A media mañana los pocos infantes supervivientes de estas olas alcanzan la primera línea defensiva japonesa, pero no pueden rebasarla. Se intenta desembarcar algunos tanques en su apoyo, pero pronto son destruidos. Los japoneses disparan desde todas partes en fuegos cruzados. Utilizando explosivos y lanzallamas, las tropas avanzan metro a metro a duras penas, dejando atrás, las más de las veces, japoneses emboscados en sus invisibles fortines, que siembran el desconcierto en su retaguardia.

Mientras esto sucede, nuevas olas de embarcaciones, que han quedado muy desorganizadas en el movimiento buque-costa, van llegando y zozobrando en el arrecife.

Al mediodía es rebasada la primera línea de defensa japonesa y a media tarde ya se ha logrado establecer una cabeza de playa de algo más de 150 metros de profundidad; es entonces cuando se puede, por fin, desembarcar

material médico de campaña y asistir a los cientos de heridos que yacen en la playa al borde del agua, prácticamente en la línea de fuego.

Gracias al apoyo de los tanques que han logrado desembarcar en un nuevo intento, se puede avanzar hasta la pista del aeródromo. La línea del frente sigue siendo discontinua y vulnerable. Por suerte para las tropas desembarcadas, el mando japonés, con su red de comunicaciones muy desorganizada, ha perdido el control de las suyas, que actúan sin coordinación con acciones parciales dispersas y desesperadas.

A la caída de la tarde desembarca la 6.^a ARD para reforzar a la 2.^a ARD, que está muy debilitada por las pérdidas sufridas, y ya se puede establecer una cabeza de playa de unos 300 m de profundidad con una línea de frente continua y cohesionada y preparada para pasar la noche en espera de un más que probable contraataque japonés —muy en su estilo—, y que, afortunadamente para los atacantes, no llega a producirse, sino tan solo algunas escaramuzas.

Día D + 1: 21 de noviembre

En la amanecida, con la cabeza de playa asegurada en la parte central de la isla, se intenta progresar en dirección sur sobre la pista del aeródromo para cruzarla y alcanzar la costa meridional, y así dividir en dos las fuerzas japonesas que la defienden. Tienen por delante un terreno llano y ahora despejado sin apenas cubierta o protección; hasta las 16:00 horas, apoyados ahora por elementos de un BRD desembarcado en *playa verde*, no lo consiguen.

En un golpe de fortuna, un impacto destruye el puesto de mando del contralmirante Shibazaki, matándole a él y a gran parte de su Estado Mayor, lo que viene a complicar aún más los problemas de coordinación de la defensa. Tanto es así que en algunos casos, viéndose aislados y sin esperanza alguna, hay unidades que en bloque se lanzan a cargas suicidas para morir matando.

Día D + 2: 22 de noviembre

A media mañana, después de haber desembarcado el resto del BRD en *playa verde*, la FD ocupa ya las dos terceras partes de la isla, pero aun así los informes inmediatos son pesimistas. Los japoneses supervivientes siguen aferrados al terreno; se prevé, visto lo visto, que todavía se tardará al menos varios días para tomarla toda entera.

Durante este día los japoneses darán tres cargas suicidas más, con grandes bajas y sin resultados sensibles. Al caer la noche, en contra de estos adversos pronósticos, la isla ya se considera tomada.

Día D + 3: 23 de noviembre

Al salir el sol, el aspecto de la isla de Betio es espeluznante. Toda ella es un caos: su suelo removido, construcciones y vehículos destruidos, palmeras tronchadas o caídas y, entre ellos, tendidos, los cadáveres insepultos de los combatientes; muchos de ellos quemados o mutilados. En las playas, el agua de la orilla es de color rojizo, mientras la marea sigue arrojando cadáveres a sus arenas. Por si fuera poco, su descomposición, acelerada por el sol y el calor de los tres días transcurridos, hace que despidan un fuerte olor que dificulta la respiración de los que todavía siguen con vida. La diminuta isla de Betio se ha convertido en el lugar más pequeño de los escenarios de lucha de la Segunda Guerra Mundial con mayor concentración de muerte.

Finaliza la conquista del atolón

En la mañana del 24 de noviembre de 1943 la casi totalidad de las restantes islas del atolón de Tarawa ya han sido ocupadas, sin bajas, al no haber guarnición en ellas. El día 25 por la mañana cae también la última: Na'a, situada en la parte más septentrional del atolón, también sin bajas norteamericanas —pero sí 25 japonesas—, en una acción llevada a cabo por un destacamento de Infantería de Marina. Con ella en poder de la FD, la batalla por el atolón de Tarawa ha finalizado.

Las bajas

La FD sufrió unas 3.983 bajas, de ellas 985 muertos; las del bando japonés, en los tres días de combate fueron 4.690 fallecidos; tan solo un oficial, 16 soldados y 129 coreanos quedaban vivos —heridos y prisioneros—. Esta tónica de finalizar los combates con un número mínimo de prisioneros japoneses por rendición, ilesos o heridos, habría de ser la común a lo largo de toda la campaña del Pacífico; comportamiento difícil de comprender por parte de los aliados, ya que los obstinados combatientes japoneses, que peleaban fiera y ciegamente, preferían la muerte antes que caer prisioneros por considerarlo un insostenible deshonor, llegando por ello incluso al suicidio.

Aunque la proporción entre atacantes y defensores era casi de cinco a uno, los japoneses tuvieron cuatro muertos por cada americano caído, cuando la relación debería haber sido justamente la inversa por mor del rol desempeñado por cada uno: defensor y atacante. Aun así, los defensores fueron capaces de infligirles a los atacantes también un daño muy importante.

A las bajas de las tropas en tierra hubo que sumar los casi 700 muertos y 300 heridos habidos en las dotaciones de los buques, su mayor parte en el



Betio después de la batalla.

hundimiento por torpedo del portaaviones USS CVE-56 *Liscome Bay* en la conquista de Makin, operación complementaria y simultánea a la de Tarawa.

Aun teniendo en cuenta la dificultad que entrañan las operaciones anfibia —una de las operaciones militares más difíciles de coordinar y de ejecutar—, la que condujo a la conquista de Betio, conocida como la batalla de Tarawa, fue una de las más sangrientas de la guerra: unos 5.675 combatientes de ambos bandos perdieron la vida en tres días en una isla de poco más de 1,5 km². Las estadísticas eran espeluznantes: una media de 78 muertos cada hora, más de un muerto por minuto.

Poco o nada más se podía haber hecho en cuanto a la defensa terrestre de la isla, que cumplió sobradamente, aunque sin éxito. La reacción exterior japonesa fue testimonial, ya que cuando sus buques y aviones acudieron a la batalla ya no había nada que hacer, todo había terminado, limitándose a efectuar un hostigamiento desde lejos. Se dejó que la guarnición resolviese la situación por sí misma, asumiendo pasivamente su sacrificio en una actitud muy alejada de aquella obstinación demostrada en sus intentos para recuperar el aeródromo en la isla de Guadalcanal, donde habían empeñado tropas y buques para dar lugar a una prolongada campaña de seis meses de combates en tierra y de sonadas batallas navales en sus inmediaciones, finalizando con el abandono japonés.

Comparativamente, en la conquista de Guadalcanal, donde las fuerzas enfrentadas tuvieron 38.100 muertos —7.100 de Estados Unidos y 31.000 del Japón—, las frías estadísticas nos dicen que el número de fallecidos por hora fue de 8,8, nueve veces menor que en la conquista de Betio.

Consideraciones finales

En la estela de lo sucedido en Tarawa-Betio se produjeron enconados debates en el seno del Estado Mayor del Mando del Teatro del Pacífico Central. Nadie podía entender ni explicar que la conquista de una pequeña, y aparentemente sin importancia, isla de aquel ignorado atolón perdido en medio de la nada hubiese costado tantas vidas, además de un portaaviones. Las críticas que le llovieron al almirante Nimitz hicieron que se replanteasen los métodos empleados y se prospectasen otros para conquistar islas; sin embargo, nunca se encontró la fórmula magistral. Los mismos errores, aunque en bastante menor medida, se continuarían cometiendo durante el resto de la Campaña del Pacífico. La conquista de cada isla siguió siendo un trauma, y tan solo la rendición del Japón en 1945 pondría fin a la pesadilla.

Ya durante la fase de planeamiento, el general Holland, comandante del 5.º Cuerpo Anfibio, había mostrado su disconformidad con la decisión de asaltar Betio en esas condiciones por considerarla totalmente inapropiada e innecesaria, advirtiendo de los problemas con los que se iban a enfrentar las tropas, como así fue: «Un error estratégico y táctico con miles de bajas evitables»; se podría haber destruido o neutralizado todo el atolón de Tarawa desde las bases propias en las islas Baker, Ellice y Phoenix. En contraposición, y a toro pasado, estas opiniones fueron refutadas por otros mandos participantes en la operación: «La captura de Tarawa había creado una brecha en las defensas japonesas en el Pacífico Central, pero sobre todo brindó una lección y una experiencia única sobre el modo de actuar en los siguientes asaltos, aunque eso sí, a un coste demasiado alto».

El general Holland basaba sus apreciaciones en varias circunstancias, entre ellas la prepotencia de los mandos de la Armada puesta de manifiesto ya durante la fase de planeamiento de la operación, agravada por su falta de experiencia en las operaciones anfibia, en la que sí habían escuchado el parecer del Mando de la Fuerza de Desembarco, pero no lo tomaron en consideración, fruto del sempiterno forcejeo entre «lo que se pide y lo que se da». De sus resultas, y a partir de entonces, se dispuso que, preceptivamente, durante la fase de planeamiento, los Mandos de los tres componentes —Naval, Terrestre y Aéreo— estarían al mismo nivel; disposición que aún sigue vigente en la actual Doctrina Anfibia. En esto abundaba también la resistencia por parte de la Armada a concentrar durante mucho tiempo sus grandes unidades navales en un espacio relativamente pequeño como lo es una zona de objetivo anfibio, lo cual llevaba a que los fuegos de preparación para el desembarco durasen solamente unas pocas horas. También contribuyó a este particular la denegación a la propuesta del Mando de la FD de llevar a cabo una demostración anfibia sobre las playas de la costa sur de Betio con la intención de confundir a los japoneses en cuanto al sector de desembarco elegido.

El apoyo aéreo había dejado mucho que desear; los pilotos navales habían demostrado carecer de entrenamiento en ataques de precisión a objetivos terrestres. A todo esto se le sumaron otros errores, más por omisión que por comisión, como fueron las incidencias habidas en la formación de las olas de desembarco y los desajustes horarios en el cuadro de asalto en largo, difícil y tortuoso tránsito hasta alcanzar las playas de desembarco, tal como era de prever dada la complejidad del movimiento buque-costa. Las previsiones sobre el ciclo de las mareas y, en consecuencia, de las sondas sobre los arrecifes fueron erróneas; las lanchas de desembarco convencionales quedaron atascadas en los arrecifes sin poder cruzarlos ni transbordar sus cargas a los LVT —también en un número insuficiente—, obligando a la mayoría de las tropas a cruzarlos a pie bajo el fuego enemigo.

Cierto que la conquista de Betio fue la primera operación anfibia en una costa hostil fuertemente organizada de una isla que, hasta ese momento, era considerada una de las mejores defendidas del Pacífico; pero también con ello quedó desmontado el mito de la invencibilidad japonesa, con el consiguiente efecto moral en las tropas.

Desde el punto de vista estratégico, la operación había sido un éxito, puesto que se había conseguido eliminar el punto más fuerte del perímetro defensivo japonés en las Gilbert, a la par que se obtenía una base aeronaval avanzada libre de amenazas inmediatas desde la que apoyar la ofensiva en el Pacífico Central.

Desde el punto de vista táctico, este asalto había servido para comprender mejor el método defensivo japonés ante el ataque de una FD y así poder planificar mejor las siguientes operaciones anfibas hasta llegar a las decisivas que permitirían rendir y ocupar las islas japonesas de Iwo Jima y Okinawa.

Tanto la Armada como la Infantería de Marina tomaron buena nota de sus errores y de las lecciones aprendidas pero, por diversas razones y condicionantes, no se pudieron aplicar con la integridad deseable en las siguientes operaciones, aunque ciertamente se intentó.

A partir de aquí se enfatizó en el empleo de la Fuerza Avanzada en cometidos de preparación previa de los objetivos anfibs. Los fuegos de preparación —naval y aéreo— pasarían a durar días, intensivos, en vez de unas horas, intermitentes: «... a mayor contundencia de los fuegos de preparación al desembarco, menores bajas entre los asaltantes». Aun así, en el asalto a Iwo Jima —de dimensiones y orografía muy distintas a la de Betio—, en la que los bombardeos aéreos previos se extenderán durante setenta y dos días, complementados, a partir del día D-5, por toda la potencia de fuego de la Flota, también el coste en vidas de los asaltantes será muy alto. Los fuegos de apoyo al asalto se complementarían con los de la aviación de la IM embarcada o desde bases en tierra y, cuando así fuese posible, también con su artillería de campaña, previamente desembarcada y asentada en islas cercanas al objetivo. En cuanto a la ubicación de las zonas de transporte y a la disposición de los

canales de aproximación, se intentó conjugar más estrechamente las necesidades y condicionantes particulares de la Flota y de la FD, a la par que se potenciaría la capacidad de los equipos de demolición submarina —UDT— para sondear y levantar los perfiles de las playas de desembarco y jalonar los canales de acceso una vez despejados de los obstáculos sumergidos. Por otra parte, se mejoró el adiestramiento anfibia de las tropas y su técnica, incrementando sus capacidades de combate y mejorando su dotación de armamento. Si bien los LVT ya habían sido empleados con éxito por vez primera, aunque en número limitado, en Guadalcanal, fue en el asalto a Betio y a partir de él donde y cuando tomaron carta de elemento imprescindible para desembarcar los escalones de asalto de la FD, por lo que se incrementó notablemente la dotación de las divisiones, a la par que se aumentaba su capacidad de fuego de apoyo al instalarles torretas artilladas.

Conclusión

Pretender llevar a cabo hoy en día un asalto anfibia como el que condujo a la conquista de Betio —y algunos otros más como él— sería impensable por muchas razones que no creo sea necesario justificar. También en su día, antes de él, ya los tácticos teóricos habían abominado de los asaltos masivos frontales contra posiciones fuertemente fortificadas, como había sucedido con frecuencia en la Primera Guerra Mundial. Fácil fue decirlo después —aunque algunos contumaces siguieron en sus trece—: la isla de Betio pudo y debió haber sido arrasada mediante contundentes y continuados bombardeos antes de pensar en poner un pie en ella. La restauración posterior de los daños causados, aeropuerto incluido, siempre habría sido factible, como luego se demostró; sus defensores hubiesen caído honrosamente por su patria —su deber— y los asaltantes hubiesen sobrevivido por la suya —también su deber—. Mucho más tarde, en el asalto a Iwo Jima en febrero del 45 y en la conquista de Okinawa, en junio del mismo año, —la última gran batalla de la Segunda Guerra Mundial—, con un desarrollo análogo a la de Guadalcanal, pasando por los asaltos anteriores a Saipán, Tinian, Guam y otros más, aunque se intentó prevenir la posiblemente evitable sangría habida en el asalto a Betio, los «ablandamientos previos» también se quedaron cortos, por lo que las bajas entre los asaltantes siguieron siendo elevadas.

Lo malo que tienen las lecciones estratégicas y tácticas extraídas de los análisis de las guerras y batallas ya pasadas es que ellas mismas también son ya historia, y tan solo resultarían plenamente aplicables en aquellas mismas contiendas en las que se dedujeron. Su extrapolación a las futuras exige que los teóricos posean una gran capacidad de abstracción y flexibilidad mental para «soltar amarras» y prever los distintos nuevos escenarios futuros y, cómo no, un nada desdeñable poder de adivinación para distinguir y acotar prospec-

tivamente aquellos futurables de entre el amplio abanico de los futuribles. Esta actitud es la que debe regir también la preparación de todos y cada uno de los mandos de los distintos escalones de la Fuerza, anticipando y adecuando previsoramente los métodos, los medios y los planes de adiestramiento a esos futuros escenarios probables en la mejor forma posible. El paradigma que recoge actualmente estos principios es el concepto de la Guerra de Maniobra: «Un estado de la mente o una forma de pensamiento, en la que el esfuerzo militar ha de aplicarse sorpresivamente tan solo allí donde la defensa enemiga no presente serio obstáculo para el cumplimiento de la Misión, con el Objeto de quebrantar su voluntad de resistir y su capacidad de comprender lo que le está sucediendo, antes que pretender su destrucción en una guerra de desgaste a un alto coste propio». La unidad de doctrina en las fuerzas implicadas, la sorpresa, la agilidad, la contundencia y el apoyo permanente y continuado en la aplicación del esfuerzo, unidos a una capacidad de extracción fácil y segura, suponen, hoy por hoy y en un futuro inmediato, una garantía de éxito, y por definición, las capacidades deseables y exigibles a toda Fuerza Expedicionaria, de forma que le permitan golpear al enemigo bajo la premisa de alcanzar el Objetivo señalado en el menor tiempo y al menor costo propio posible —heroicidades aparte—, en vidas y medios y, cómo no, también buscando minorar los a veces inevitables daños colaterales.



BIBLIOGRAFÍA

- ELIOT MORISON, Samuel: *History of US Naval Operations in the World War II*.
 BELOT, R. de: *La Guerra Aeronaval en el Pacífico (1941-1945)*.
 FERNÁNDEZ-PALACIOS Y FERNÁNDEZ DE BOBADILLA, Pedro: *La Guerra Naval en el Pacífico*.
 Editorial Naval, Madrid, 1947.
Historia Naval Moderna. Publicación 124, Escuela Naval Militar.



Buque de Salvamento y Rescate *Neptuno* en aguas de Cabrera.
(Foto: www.flickr.com/photos/armadamide/).